

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL

Excmo. é Ilmo.

SR. DR. D. JOSÉ MARÍA DE URQUINAONA Y BIDOT,

OBISPO DE BARCELONA,

(Q. E. P. D.)

REDACTADOS

POR SU CAPELLAN DE HONOR

D. FRANCISCO CASTELLANO Y MEDERO,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA.

BARCELONA:

IMPRENTA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núms. 24 y 26.

1883.



Hace muy pocos días, estando nosotros sumamente afligidos por hallarse postrado en el lecho del dolor, gravemente enfermo, el varon insigne, que tan paternal cariño nos profesaba, veíamos con sin igual agradecimiento que innumerables personas de toda edad, sexo y condición, con la ansiedad pintada en su rostro y con la angustia en sus corazones, acudían á adquirir noticias del venerable enfermo y á inscribir sus nombres en las listas colocadas en la episcopal antecámara. Más tarde ¡ay! plugo al Señor disponer de aquella preciosa existencia, empleada sólo en procurar la gloria divina y la salvacion de sus hermanos; y entónces, con admiracion profunda y ternura indecible, (porque todo lo que cede en bien de la Iglesia y en honra del sér querido, cuya pérdida lamentamos, ha conmovido siempre las fibras más delicadas de nuestra alma), contemplamos el grandioso espectáculo que ofrecía una populosa ciudad católica y española, derramando llanto de dolor sin medida, llevando el luto en los cuerpos y en los espíritus, al tributar los últimos homenajes de gratitud y de filial amor al Padre verdaderamente misericordioso, al misionero incansable, al santo Obispo, que, arrastrado por la vehemencia del amor hacia sus fieles hijos, en momento solemne, les prometió no abandonarlos nunca, y que, cumpliendo su palabra, por disposicion divina acababa de exhalar el último suspiro entre las fervientes oraciones de su amada grey. La prensa toda, en aquellos días, olvidando por un momento sus mútuas diferencias, y haciendo justicia á las grandes dotes, al celo, á las eminentes virtudes del ilustrísimo finado, honró su memoria con sentidas, corteses y nobi-

lísimas frases, asociándose sin reserva al duelo y al universal sentimiento.

¡Oh! ¡Cómo hemos bendecido en más de una ocasion, desde el fondo de nuestra alma, el noble proceder, los sentimientos caballerosos, filiales, en una palabra, verdaderamente cristianos que han mostrado en horas tan tristes los Excmos. Sres. Capitan general, Gobernador civil, Alcalde constitucional, todas las demas Autoridades, tantas Corporaciones y Asociaciones y, en fin, la poblacion entera de esta ciudad importantísima! ¡Ciertamente no dejará sin recompensa esta conducta, observada para con uno de sus primeros ministros, aquel adorable Señor, que decía á sus Apóstoles: «El que á vosotros honra, me honra á Mí, el que os desprecia á vosotros, á Mí mismo me desprecia!»

Más de una vez, como si su Divina Majestad quisiera que todos se cerciorasen de la sinceridad de estas demostraciones de ternura y de pesar, llegaba á nuestros oídos y desgarraba nuestro corazon el llanto inconsolable de tantos necesitados que perdían, arrebatado por la muerte, al Padre amorosísimo que tantas veces enjugara sus lágrimas, al fiel y tierno Amigo que siempre había escuchado sus cuitas con entrañas de misericordia, al poderoso Protector que con benevolencia suma y solicitud tan exquisita procuraba el remedio de sus dolores. Entónces, trayendo á nuestra memoria todas las circunstancias ya dolorosísimas ó ya altamente consoladoras de los hechos que acabábamos de presenciar, nos veíamos en la precision de reconocer, (y así lo hemos significado repetidas veces á las personas de nuestra íntima confianza, conmovidas y admiradas como nosotros), que los honores inusitados que se tributaron en vida y despues de su muerte á nuestro inolvidable y venerado Pastor, sólo se explican por la accion directa de la Providencia divina, que, al suscitar entre nosotros figura tan esclarecida y perfecta y al atraerle los corazones de todos sus hijos, se había propuesto, sin la menor duda, algun fin trascendental y sacrosanto; acaso (como hemos oído decir á un Prelado muy ilustre de la Iglesia española), acaso arraigar de una manera profunda en los ardientes y nobles corazones de los católicos catalanes, el respeto á la autoridad episcopal y la union inquebrantable con sus Prelados, que son los verdaderos, legítimos y santos lazos que los unen con la infalible, santa y amadísima Silla del Vicario de Jesueristo.

La consideracion de todos los hechos de la existencia del ilustrísimo finado, desde su nacimiento hasta su muerte, haría resplandecer con mayor claridad que la del mediodía, que no somos temerarios en atribuir directamente á la mano del Todopoderoso el conjun-

lo de los sucesos de que acabamos de ser testigos. Si renunciamos, aunque con verdadera pena, á este trabajo, que sobre ser incompatible con los estrechos límites de un *Boletín oficial*, comprendemos perfectísimamente cuánto supera á nuestras fuerzas, es con la fundada esperanza de que, tal vez en tiempo no lejano, plumas católicas, admirablemente cortadas, consuelen y edifiquen los corazones rectos, escribiendo, con toda la extension de que es muy digna y apoyando su relato en documentos fehacientes, la vida de abnegacion, de sacrificio y de perfecta santidad de nuestro amadísimo Padre, del venerable Pastor, cuya muerte llora hoy España entera, y de un modo muy particular el Episcopado español, gran número de cuyos venerables individuos, en sentidísimas cartas que tenemos á la vista, consideran como una pérdida irreparable para la Iglesia, la del Obispo, que con sus extraordinarias virtudes y admirable celo apostólico, había conseguido llamar de un modo muy preferente la atencion pública.

Comprendiendo que, mientras esto no sucede, nos hallamos en la imprescindible y consoladora al par que árdua obligacion de presentar al sabio y virtuoso clero y á todos los piadosos fieles de esta Diócesis un resúmen, siquiera sea corto é incompleto, de las virtudes y admirables tareas de ese Pastor que supo ganarse los corazones de sus hijos, agruparemos en estas breves líneas los hechos más notables de la vida de ese Padre amadísimo que, siguiendo las huellas de su Divino Maestro, nuestro buen Jesus, ha pasado entre nosotros como un relámpago, sí, pero derramando por todas partes innumerables beneficios, mostrándonos cuán deleznable y dignas de desprecio son las cosas de la tierra, y señalándonos con su palabra y con su ejemplo la senda más breve y segura para entrar en nuestra verdadera é inmortal Patria.

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José María de Urquinaona y Bidot (q. s. g. g.) vió la luz por vez primera en la ciudad de Cádiz, el día 4 de setiembre de 1814. Su padre, que perdió cuando apenas tenía tres años, fué D. Manuel María de Urquinaona, distinguido abogado de aquel Colegio, y fué su madre D.^a Juana Bidot, matrona noble y cristiana, que dedicando con el más santo desvelo al cuidado de su familia y á la educacion esmeradísima de sus hijos, los 51 años que sobrevivió á su buen esposo, tuvo la dicha de recoger en abundancia los sazoados frutos que brotaron de las benditas semillas de virtudes que había sabido colocar en el bellissimo corazon del que fué nuestro gran Pontífice.

En la vida del Excmo. Sr. de Urquinaona, como en la de todos los varones insignes, destinados por Dios para cumplir alguna importante y augusta mision entre los hombres, se ve de una manera cla-

risima la accion sagrada de la Divina Providencia, ordenando todos los acontecimientos y dirigiendo hasta los sucesos de menor monta á disponer y preparar del modo más perfecto á la criatura elegida, para que un día pueda llegar á conseguir cumplidamente el fin que le señaló la Sabiduría infinita. Para enriquecer, sin duda, desde muy temprano con los riquísimos é inestimables tesoros de su gracia, al que un día había de predicar su verdadera fe á tantos pueblos y arrancaríá de las funestas garras del infernal dragon á innumerables corazones, dispuso la Majestad Eterna que el espíritu de una madre, amante y sólidamente piadosa, se sobresaltara, no por el estado enfermizo y ménos por alguna señal de inminente riesgo que apareciese en el recién nacido, sino por la misma robustez y buenas condiciones de salud con que había venido al mundo, apresurando con ansia cristiana el momento en que su amado hijo debía ser regenerado en las fuentes del Cordero sin mancilla. El Excmo. señor Urquinaona recibió, en consecuencia, el santo Bautismo á las pocas horas de haber nacido, habiéndole sido administrado en la Catedral antigua, en cuyo templo se hallaba establecida entónces como ahora la parroquia de que eran feligreses sus padres. En el mismo templo, segun se complacía muchas veces en recordar nuestro queridísimo Padre, recibió á su debido tiempo de manos del santo Obispo don Fr. Domingo de Silos Moreno, el Sacramento de la Confirmacion y todos los Sagrados Órdenes; y más tarde en la misma Catedral, pero ya en el elegante y bellissimo templo nuevo, fué consagrado Obispo de Canarias, por el virtuosísimo é inolvidable Obispo de aquella Diócesis, D. Fr. Félix María de Arriete y Llanos.

Un favor muy notable, que nuestro noble Prelado reconocía con indecible consuelo haber recibido de la Santísima Virgen á la tierna edad de seis años, afirmó para siempre en su alma aquella devocion profundísima, aquella ternura sin límites que profesó durante toda su vida á nuestra excelsa, misericordiosísima y muy amada Madre, la gloriosa Reina del cielo, María santísima. Invadido en 4 de octubre de 1819 por la fiebre amarilla que, como espantoso castigo divino, arrebatava entónces á millares las vidas de los atribulados habitantes de la ciudad gaditana, llegó á tan lastimosa extremidad, por habersele formado un enorme absceso en el vientre y otro horrible tumor en el muslo izquierdo, que los mas célebres facultativos de aquella sabia Academia de medicina, declararon unánimamente que sin un verdadero milagro el niño sucumbiría á la atroz violencia del mal. La religiosa cuanto afligida madre no vaciló en implorar con el fervor más ardiente la proteccion de la que es Auxilio benditísimo de todo el que sufre, y dichosamente su oracion fué

oída. El 18 de diciembre del mismo año, día en que celebra la Iglesia la fiesta de Nuestra Señora de la Esperanza, cuando el niño cási agonizante se encontraba sumergido en un sopor profundo, se le abrió el absceso del vientre con pasmo de los facultativos. Mas, aunque hecho tan notable alentó, como no podía ménos de suceder, las esperanzas de todos, no quedó el enfermo fuera enteramente de peligro hasta el día de la Purificacion de Nuestra Señora, ó sea hasta el 2 de febrero del siguiente año de 1820. Hasta entónces no se le pudo operar el tumor del muslo, como si hubiese querido significar la Santísima Virgen María cuánto se complace en adelantar sus favores á los que han de ser sus devotos fidelísimos, y se han de esforzar en procurarle el honor y la gloria que le son tan debidos.

¿Qué se puede esperar de principios semejantes, más que obras grandes, sentimientos nobilísimos, virtudes heróicas durante la vida y, al fin, como hemos tenido la dicha de presenciar, la corona del justo, que es una muerte preciosa á los ojos de Dios?

En efecto, crece el niño José María y colocado como interno en el Seminario Conciliar de San Bartolomé de su ciudad natal, hace tan rápidos y notables progresos en las ciencias eclesiásticas, que su esclarecido talento llama sériamente la atencion de sus ilustres profesores, entre los que se contaban varones tan eminentes como don Manuel Veyes, lectoral; D. Sebastian Belluga, canónigo, D. Antonio Romero, magistral, y el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Juan José Arbolí, entónces doctoral y más tarde Obispo dignísimo de aquella santa Iglesia. A los 18 años, mediante una oposicion brillantísima, que sólo se diferenció de las que se llaman mayores en que sus actos duraron la mitad del tiempo que los de éstas, ganó en la ciudad de Jerez una pingüe capellanía, cuya provision solicitaron gran número de competidores de indisputable talento y de verdadero saber.

Ordenado de diácono, para refutar un libro que había publicado una persona á él muy allegada, que se había dejado arrastrar por las falsas ideas modernas, escribió una obra verdaderamente notable, en la que con lógica irresistible y gran erudicion reduce completamente á polvo todos los errores del liberalismo, condenados en los años posteriores por el Santo Pontífice Pío IX, el Grande. Esta obra, que no vió la luz pública, porque su autor carecía á la sazón de los recursos indispensables para sufragar los costosos gastos de la impresion, fué, sin embargo, presentada á la censura eclesiástica en Sevilla, mereciendo por ella el jóven Urquinaona los más afectuosos plácemes del Emmo. Sr. Cardenal Cienfuegos, Arzobispo de aquella Archidiócesis.

Si sus progresos en las ciencias sagradas y la integridad de su conducta le habían conquistado tan buena fama de excelente teólogo

y de modelo de eclesiásticos que, al concluir de ordenarlo de presbítero en 23 de setiembre de 1837, le favoreció el Ilmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos Moreno con licencias remotas para celebrar, predicar y confesar en toda la Diócesis de Cádiz, el resplandor de sus virtudes, sobre todo la sin igual prudencia que mostró en ocasiones bien difíciles, le merecieron en 1839 el honroso, si bien delicado nombramiento de capellan del observantísimo Convento de religiosas Capuchinas del Puerto de Santa María, cuyo cargo se confiere, especialmente en aquella Archidiócesis, á sacerdotes de virtud muy probada, de claro talento, de suma experiencia y regularmente ya entrados en edad.

En 1844 fué nombrado Cura y Beneficiado de la iglesia Mayor Prioral de aquella importantísima poblacion. Un libro entero sería necesario para consignar los santos trabajos y apostólicas tareas con que procuró la santificación de sus prójimos en el ardor de aquellos años que, por haberse deslizado en la oscuridad, fueron tan gratos á su humilde espíritu, que repetidísimas veces le hemos oído decir que fueron los más bellos de su vida. Exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, parecía multiplicarse para que no faltara el Catecismo de los niños y para dar el pan de la divina palabra á los fieles todos los domingos; pues estas tareas cási siempre las tenía á su cargo por hallarse enfermos ó imposibilitados los otros tres Curas, sus compañeros. Incansable á la cabecera de los enfermos, desvelándose siempre para procurar á los pobres el remedio de sus necesidades, guía prudentísimo del poderoso y amigo de sin igual ternura para el pobre, de tal suerte supo conquistarse el aprecio y la veneracion de todos que, con un duelo general, se supo la acertada eleccion que había hecho de él para su Secretario de Cámara, su antiguo catedrático, el sabio filósofo, Dr. D. Juan José Arbolí y Acaso, cuando en 1852 fué consagrado Obispo de Guadix. En aquella ciudad mariana, regada copiosamente por los primeros sudores del apostólico varon, cuya pérdida lloramos, jamás podrá olvidarse la devocion filial, el fervor amantísimo con que procuraba que, el grandioso culto que tributan aquellos nobles y agradecidos habitantes á su excelsa patrona la santísima Vírgen bajo el bellissimo título de Nuestra Señora de los Milagros, no sólo creciese cada día en esplendor, sino que brotase verdaderamente de corazones cristianamente penetrados de la magnitud inmensa de los favores derramados en abundancia por la Soberana Emperatriz de cielo y tierra, sobre los hijos de aquella ciudad, que lleva dichosamente su bendito nombre; jamás podrá olvidarse tampoco la hermosa actitud con que lleno de confianza en la Divina Providencia, sentado en un tosco banquillo y con

una esportilla en la mano, imploraba en la puerta del mercado de carne la limosna del rico, el óbolo del pobre, para sostener las secciones de Beneficencia domiciliaria que, mucho ántes de que el Gobierno hubiese ordenado su formacion, había fundado y prestaron servicios de gran importancia en las repetidas epidemias del cólera morbo y de las viruelas, con que en los años siguientes se vió azotada aquella Ciudad.

Pocos meses ocupó el Ilmo. Sr. Arbolí la antigua y gloriosa Sede de san Torcuato, pero en este breve espacio de tiempo, ya por sí, ya comisionando á su activo y celoso Secretario de Cámara, que había sido nombrado Canónigo de aquella Basílica, apesar de que la gran cantidad de nieve que cayó aquel año volvía casi intransitables los caminos, visitó la mayor parte de aquella pequeña Diócesis. El señor Urquinaona que aseguraba no sentir gran molestia por los rigores de aquel desapacible invierno, de tal manera se dedicaba á la evangélica tarea de la predicacion que, como lo hizo despues en la Diócesis de Canarias, solía predicar más de tres sermones al día, para que ofreciéndose al pueblo el saludable pasto de la divina palabra en iglesias distintas y á horas diferentes, ninguna persona por ocupada que estuyese pudiera carecer de tan imponderable beneficio.

El Excmo. Sr. Arbolí conocía tan perfectamente el relevante mérito de su Secretario de Cámara, que previó y aún le anunció repetidas veces, segun lo hemos oído en muchas ocasiones de los labios del señor Urquinaona, que algun día había de ser colocado como vigilante Centinela de la casa de Israel, como hermosa Ciudad que se levanta en la cima de los montes, en una palabra, como augusto Príncipe de la Iglesia de Dios, y llevado sin duda de este pensamiento, ántes de pasar á la Diócesis de Cádiz, para la cual había sido promovido á mitad del año de 1833, le indicó vería con gusto que se graduase en el Seminario Central de Granada. Inútil es decir que sus actos fueron tan notables, que el Claustro en pleno de aquellos sabios Doctores le consideró digno de la Licenciatura y del Doctorado con la nota honrosísima de *Nemine discrepante*. El resultado más inmediato de estos ejercicios literarios fué el nombramiento de Examinador Sinodal del Arzobispado de Granada, con que le agració el Excmo. Sr. Reyes al darle la investidura canónica de aquellos grados.

Ya en la importante Diócesis de Cádiz, de cuyo dignísimo Cabildo Catedral fué primero Canónigo y despues Dignidad de Arcipreste hasta su presentacion en 1868 para el Obispado de Canarias, su celo por la gloria de Dios y por la salvacion de las almas encontró ancho campo en que manifestarse. Nombrado Catedrático de aquel Seminario Conciliar, á los dos años se ve obligado á hacer renuncia de la

cátedra por no dejarle tiempo material para el desempeño de las múltiples y gravísimas atenciones que le imponían los delicados cargos, que se le habían confiado, de Visitador de Monjas, de Examinador y Juez Sinodal y de Gobernador eclesiástico en ausencias y enfermedades del Sr. Obispo: pero sobre todo para dedicarse más de lleno á los augustos ministerios de confesar y predicar á que por irresistible vocacion siempre se sintió llamado.

Para dar una idea de lo que era entónces la oratoria del señor Urquinaona, cuando, hallándose en el vigor de su edad y en toda su lozanía su riquísima imaginacion, le era posible dedicar á escribir ó al ménos á meditar sus sermones, horas de que más tarde no le dejaron disponer las abrumadoras y contiúas ocupaciones del cargo episcopal, nos parece que será bien transcribir y que leerán con gusto los corazones amantes de nuestro Obispo (q. e. p. d.), las siguientes líneas que aparecen en un periódico de Cádiz. Despues de hablar de la traslacion del Excmo. Sr. Arbolí en 1854 de la Silla de san Torcuato á la de los santos Servando y German, gloriosos Patronos de Cádiz, continúa diciendo el escritor: « De esta última » fecha y más singularmente del año de 1857 en que obtuvo la dignidad de Arcipreste de nuestro Cabildo, puede decirse que arrancan los triunfos oratorios del señor Urquinaona, á cuya natural elocuencia, desnuda de pompa y artificio y fomentada y nutrida por un sólido y constante estudio de las Sagradas Letras, no podían ménos de servir de ejemplar y estímulo la enseñanza y el modelo viviente de aquel elocuentísimo Prelado. En la predicacion, sobre todo, el discípulo era digno del maestro. Si Urquinaona no igualaba á Arbolí en la profundidad filosófica de los conceptos, ni en el rigorismo clásico del método discursivo, ni tal vez en la pureza de la dicción y el ritmo de los períodos, le aventajaba en cambio, (podemos decirlo sin lisonja), en la espontaneidad fervorosa de su elocuencia á la vez didáctica y patética, en el espíritu, la unción y el fuego que palpitaba en sus discursos, en el número verdaderamente prodigioso de sus sermones y en la viril energía de aquellos accidentales oratorios en que su voz, su semblante y su actitud reflejaban el incendio de su alma, identificando con ella las de sus oyentes y abrasándolas todas en una hoguera de fe y amor divino.»

En prueba de que no hay exageracion alguna en las líneas que preceden, y para significar la aceptacion y aún el entusiasmo con que en Cádiz, donde siempre han abundado oradores de indisputable mérito, se escuchaban los sermones de nuestro venerable y nunca bastante llorado señor Obispo, podríamos citar las misiones é innumerables novenarios que le encargaron las Asociaciones y Cofradías

más ilustres de aquella capital y los muchísimos sermones de gran empeño que se vió obligado á predicar, á veces con preparacion de pocos días y aún de brevísimas horas; mas, para no ser difusos, sólo mencionaremos el bellissimo discurso que, con motivo de la definicion dogmática de la Inmaculada Concepcion, predicó en la Catedral de Cádiz á instancias del Excmo. Sr. Arbolí: la patética y hermosísima oracion gratulatoria pronunciada en la iglesia del Cármen en presencia del Excmo. Sr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de Méjico, que celebraba Misa de pontifical en accion de gracias á la Virgen por haberle salvado de grandes peligros en el Oceano: el magnífico sermon con que en la Basílica gaditana, enardecido por un cristiano y vehemente patriotismo, supo conmover á todos los distinguidos jefes y oficiales de la armada española surta en la bahía, á las autoridades y á una inmensa multitud de fieles que habían acudido al templo, para dar gracias al Omnipotente por las gloriosas victorias que obtuvieron los cristianos marinos españoles en el Pacífico: y, por último, las sólidas y elocuentísimas conferencias predicadas en la iglesia de san Felipe Neri en el tríduo de carnaval, en defensa de la Encíclica *Quanta cura* y del *Syllabus* con que el augusto y santo Pontífice de la Inmaculada, Pío IX, acababa de desenmascarar para siempre todos los errores del mundo moderno condenándolos bajo formidable anatema. Estos últimos discursos complacieron de tal modo á aquel augusto Pontífice, á cuyas manos llegaron impresos, que con fecha de 7 de junio de 1865 envió al Sr. Urquinaona una expresiva carta dándole gracias por su adhesion á la Santa Sede y por sus trabajos en defensa de las verdades católicas y enviándole su Apostólica Bendicion.

Incansable en el confesonario, no se contentaba con arraigar profundamente el santo temor de Dios en los corazones de los innumerables penitentes de todas las clases desde la más ínfima hasta la más alta de la sociedad que de continuo le cercaban en el tribunal de la Penitencia, ansiosos de que aquel sabio y compasivo médico espiritual les proporcionase con sus prudentes consejos y advertencias el bálsamo bendito que había de sanar las dolorosas heridas de sus almas: no se contentaba tampoco con promover entre ellos una frecuencia de Sacramentos bien entendida; ni con guiar á los que de ello eran capaces por las sendas más elevadas de la cristiana perfeccion; sino que tenía á su cargo también la direccion de las conciencias de muchas Religiosas ejemplarísimas de los conventos de aquella ciudad y aún de las vecinas.

Al que no haya tenido la dicha de admirar de cerca, como nosotros, la actividad, la asídua constancia en el trabajo, la fuerza de voluntad y aún la naturaleza de hierro del virtuosísimo Pastor que

acabamos de perder, parecerá indudablemente imposible que, dedicado tan de lleno á las apostólicas tareas, tuviese siquiera tiempo material para ocuparse en el despacho de los muchos y complicadísimos negocios del gobierno de la Diócesis. Sin embargo, á los séres excepcionales no se les debe juzgar por lo que sucede de ordinario á los demas hombres. En la Diócesis de Cádiz, cooperando á la accion de su antiguo profesor y amadísimo Prelado, el Excmo. Sr. Arbolí, como despues en la de Canarias y en la nuestra propia, cuyas Sillas tan digna y gloriosamente ha ocupado, el Excmo. Sr. Urquinaona dejó huellas impercederas de su paso. Limitándonos por ahora á la primera, de la que íbamos tratando, todo el Clero de la misma es testigo de los santos y, gracias al Señor, fructuosos afanes, con que nuestro amadísimo difunto Pastor procuró, con el Sr. Arbolí, que todos los eclesiásticos del Obispado estuviesen por sus virtudes y por su ciencia á la altura de la mision augusta que nuestra madre la Santa Iglesia les confiara. En Medina, donde estuvo seis meses enteros haciendo en comision la Visita pastoral y arreglando la contabilidad de las capellanías, en Algeciras, en la Isla de San Fernando, en una palabra, en todas las poblaciones importantes no olvidarán ciertamente en mucho tiempo al sabio, virtuoso, y al mismo tiempo enérgico sacerdote que con mano fuerte y sin ningun género de dañosas compasiones, defendiendo los derechos eclesiásticos, sabía extirpar de raíz hondos é inveterados abusos y aplicar al mismo tiempo con solícita y prudente caridad lenitivos eficaces y cristianos á aquellas almas que, perseguidas ó vejadas injustamente, suspiraban ansiosas porque les llegase aquel salvador que al fin el cielo les deparaba. Á pesar de las inmensas dificultades que creaban los intereses encontrados que debían conciliarse, emprendió y llevó completamente á término el arreglo parroquial de todo el Obispado, ateniéndose á las reglas y disposiciones consignadas en el último Concordato. Este trabajo acabadísimo en que se procuraba que pudiera tributarse al Señor, de una manera decorosa, el culto que le es debido: que los fieles tuviesen la conveniente asistencia espiritual, necesaria para la salvacion de sus almas y que el Clero no careciera del preciso sustento de que el operario evangélico es tan digno, fué enviado á Madrid por el mismo señor Urquinaona, sin que despues de tantos años haya sido aprobado, tal vez por el aumento que se exigía en él de las dotaciones del culto y clero. Por último el corazon abrasado por la caridad de nuestro buen Pastor, no satisfecho con remediar las necesidades del prójimo, valiéndose de sus propios recursos y con las fuertes sumas que ponían á su disposicion almas piadosas que gozaban de medios abundantes, instituyó á los pocos años de llegar á Cádiz una asociacion de

señoras que, si bien lleva el nombre de Congregacion de Hijas de María, difiere algun tanto de otras asociaciones del mismo nombre por su constitucion y por el fin que se propone en sus trabajos. La forman tres coros; los dos primeros se componen de Señoras y Señoritas y se ocupan en la enseñanza de niñas pobres que acuden todas las noches á las escuelas establecidas en los bajos del Hospital de Mujeres; tambien tienen á su cargo el reunir piezas de ropa y áun coser los vestidos que debe distribuir á los necesitados el tercer coro, que se compone exclusivamente de Señoras casadas siendo su mision enteramente semejante á la que llenan tan santamente las Señoras de las conferencias de San Vicente de Paul.

Ocupándose con gozo sin igual de su alma, en estas santas tareas, para las que, con hermosa é inimitable sencillez decía en su profunda humildad nuestro inolvidable Padre, que únicamente había nacido, le sorprendió dolorosamente su presentacion para el Obispado de Canarias con que en 6 de marzo de 1868 le quisieron honrar el muy Reverendo Nuncio de Su Santidad en estos reinos y S. M. la Reina Doña Isabel II. Creyéndose indigno de ocupar puesto tan alto para al que sus eminentes virtudes, sus grandes dotes de gobierno y su talento insigne, le señalaban clarísimamente, hizo con la energía y firmísima constancia, que le eran tan propias, todos los esfuerzos imaginables, y puso en juego con decision verdadera todos los resortes que estaban á su alcance y al de las personas de su amistad, á fin de alejar de sus hombros aquella pesadísima carga que creía muy superior á sus fuerzas. No siéndole admitida en manera alguna la renuncia, que llegó á presentar hasta por tercera vez, y habiéndole significado un elevadísimo personaje eclesiástico el disgusto sumo con que vería Su Santidad su insistencia en la renuncia del Obispado, prestó al fin su consentimiento, doblando su frente con sumision filial á lo ordenado por el Cielo, supuesto que, como le decían el Ilmo. Sr. D. Fr. Felix de Arriete y Llanos, dignísimo Obispo de Cádiz y otros sabios y virtuosos eclesiásticos de su merecida confianza con quienes consultó este importante y delicadísimo asunto, realmente no podía expresarse con claridad mayor la voluntad divina.

Preconizado en el consistorio de 22 de junio de 1868, los sucesos políticos de Setiembre y sus deplorables consecuencias, detuvieron la consagracion episcopal del Excmo. Sr. Urquinaona que en 7 de marzo de 1869 verificó al fin con indecible júbilo y consuelo de su alma el ya mencionado señor Obispo de Cádiz, D. Fr. Félix María de Arriete y Llanos, de santa é inolvidable memoria: siendo Prelados asistentes los Ilmos. Sres. D. Juan Bautista Scandella, obispo Antioe, Vicario Apostólico de Gibraltar, que como el Ilmo. señor Fr. Félix

era amigo íntimo de nuestro muy amado Pastor, y el que era entón-ces esclarecido Obispo de Córdoba, el Excmo. Sr. D. Juan Alfonso de Alburquerque.

En 24 de abril de 1869, llegó el Excmo. é Ilmo. Sr. Urquinaona, á Las Palmas de Gran Canaria, y el 25 hizo su entrada solemne en aquella Santa Iglesia Catedral, rodeándole un inmenso gentío que, segun las muestras de simpatía y de respeto que le tributaba, parecía adivinar en él, ya desde entónces, al noble é incansable Pastor que, dejando las comodidades de su palacio, y olvidando su edad, arrostraría las fatigas más grandes en bien de los fieles que le habían sido confia-dos; al gran Obispo que despreciando los mayores peligros, había de subir á la cima de las más inhiestas montañas y rodeando espantosos precipicios descendería con inminente riesgo de su vida á los valles más profundos, para llevar el pan de la divina palabra, lavar por sí mismo en la piscina saludable de la Penitencia y distribuir despues por su propia mano, el sacrosanto Manjar de los Angeles, á aquellas sus pobrecitas ovejas que, apartadas de los grandes centros de pobla-cion, se ven privadas, á veces por largos años, de estos inestima-bles favores del Cielo.

Hombres desdichados, aprovechándose de las turbaciones de aque-lla época desgraciadísima, destruyeron é inutilizaron en gran parte los grandiosos trabajos que en bien de la Iglesia y para beneficio indisputable de las almas había llevado á cabo con tanta felicidad, como acierto, el dignísimo Obispo, que era entónces de aquellas Islas y que fué más tarde Cardenal Arzobispo de Sevilla, D. Fr. Joaquin Lluch y Garriga, (q. e. p. d.). No sólo habían embarcado ignominio-samente para la Península á los virtuosísimos y sabios Religiosos de la Compañía de Jesus que, además de misionar continuamente por todas las siete islas, eran los únicos catedráticos del Seminario, sino que, bajo el indigno pretexto de establecer un Instituto local, se apoderaron de la mayor y mejor parte de aquel edificio literario-religioso. Por otra parte, la semilla de la impiedad, ó al ménos de la indiferencia, gérmen funesto de las sociedades secretas, había sido arrojada con profusion entre los incautos trabajadores de aquella capital. El gran corazon de nuestro bendito Prelado no desmayó ni un sólo mo-mento ante tamañas dificultades. Puesta su confianza en el Eterno dió los primeros pasos para la reorganizacion del Seminario, confiando sus cátedras á los Capitulares de aquella Iglesia que estaban en apti-tud de desempeñarlas y saliendo inmediatamente á la Visita Pastoral, cuando á fines de octubre se vió en la precision de acudir á Roma, llamado por el Sumo Pontífice al concilio Vaticano, ya había reco-rrido todos los pueblos de la isla de Gran Canaria, aliviando en

cuanto le fué posible las necesidades de las almas de sus habitantes y ya bullía en su mente el proyecto que despues realizó, de llevar á aquel Obispado virtuosos y entendidos sacerdotes de Cataluña que, ocupando los muchos curatos que había vacantes, remediaran algun tanto la escasez de Clero que hay que lamentar desgraciadamente en aquellas islas.

Inútil es decir el celo y ardor santo con que, al llegar á Roma en 28 de noviembre de 1869, consagró nuestro esclarecido Prelado todo el esfuerzo de su poderosa inteligencia y su profundo conocimiento de las Ciencias Sagradas, á procurar, en cuanto estaba de su parte, el buen éxito de las deliberaciones de aquella gloriosa asamblea que el santo Pontífice Pío IX, de imperecedera memoria, tuvo el consuelo de abrir en 8 de diciembre del mismo año con universal aplauso de la Iglesia Católica. Además de ocuparse como los otros Padres en los trabajos generales del Concilio, actuó como Vicesecretario en la junta que formaron los Prelados españoles en aquella capital del orbe católico, para deliberar sobre las resoluciones que habían de darse á los conflictos en materias religiosas que entónces desgraciadamente habían surgido en nuestra noble patria. En la congregacion general que se verificó el 28 de enero de 1870, para seguir discutiendo el *Schemma de Vita et honestate clericorum*, el Excmo. é Ilmo. Sr. Urquinaona, cuya solicitud extremada en procurar la pureza é integridad de la disciplina eclesiástica es de todos bien conocida, pronunció un elocuente y concienzudo discurso; y tambien habló con la copia de datos que convenía á la trascendencia del asunto, en la vigésima sétima congregacion general que se celebró en 21 de febrero, para discutir el *Schemma de Parvo Cathecismo*. La incansable laboriosidad de nuestro Prelado le hizo encontrar en medio de tareas tan importantes y continuadas el tiempo necesario no sólo para atender á todos sus acostumbrados ejercicios de piedad, pues entre otras prácticas, jamás interrumpió su devota costumbre de visitar á S. D. M. manifiesto en el jubileo de las cuarenta horas, aunque se celebrara en iglesias apartadísimas de la casa en que se hallaba aposentado, sino tambien para mirar por el espiritual provecho de otras almas. Una prueba elocuentísima de lo que acabamos de decir, la dió el día 25 de marzo, viérnes cuarto de Cuaresma, predicando en la Iglesia de Santa María *in Pace*, donde los Prelados españoles, en union con los de América, celebraron piadosos ejercicios durante aquel tiempo santo. Por último, despues de haber tomado parte en todas las deliberaciones del Concilio y de haber tenido el consuelo de haber dado su voto favorable á la declaracion dogmática de la infalibilidad pontificia, regresó á España con motivo de la suspen-

sion, primero temporal y despues indeñida, del concilio Vaticano y en 24 de enero de 1871, acabado de llegar á su Diócesis, prosiguió su interrumpida Visita pastoral, recorriendo las islas de Lanzarote y de Fuerte-Ventura.

El temor de ser prolijos en demasía nos obliga á agrupar los hechos admirables que el Sr. Urquinaona ejecutó en los diez años de su gloriosa prelación en aquella region lejana.

En su primera Santa Visita predicó, por lo ménos, dos veces en cada una de las poblaciones de las siete islas y en sus anejos, habiendo recorrido cási siempre á pié sus ásperos y peligrosos senderos. Levantábase, segun su costumbre, muy de madrugada y en las horas que le dejaban libre el rezo eclesiástico, la celebracion de la santa Misa, las Confirmaciones y las demas necesarias ceremonias religiosas de la Pastoral Visita, oía en confesion á los penitentes de toda condicion y sexo que le retenían en el sagrado Tribunal cási siempre hasta cerca de la media noche. En ocasiones, á pesar de llegar á los pagos fatigadísimo y atormentado por las incomodidades del camino y los ardores de aquel sol abrasador, no habiendo iglesia donde celebrar los divinos oficios, ni mucho ménos confesonarios donde reconciliar á los fieles con nuestro buen Jesus, hacía disponer decentemente un altar provisional, donde pudiera celebrarse con decoro el augusto sacrificio de la Misa y administrarse el Pan de los cielos y aquel santo imitador de los varones apostólicos, al par de los otros sacerdotes de que iba acompañado, se sentaba lleno de gozo sobre las duras peñas, para oír por espacio de largas horas las confesiones de aquellas pobrecitas almas y sanar con el bálsamo benditísimo de la gracia divina, las heridas dolorosas que había dejado la culpa en sus corazones.

Á su ardiente elocuencia, confirmada por un proceder tan evangélico, no podían resistir las poblaciones peor dispuestas para recibirle. Isla hubo en donde desembarcó en medio de una frialdad tan lamentable y de una indiferencia tan completa, que ni el mismo Párroco salió á su encuentro, para darle la bienvenida, y con tanta prudencia y santa humildad sobrellevó este inconsiderado proceder, y con tal destreza y cristiana sabiduría se valió de este hecho, al predicar delante de las autoridades y del pueblo entero, que se ganó completísimamente todos los corazones, hasta el punto de que, una compañía de cómicos que acababa de llegar á la Isla, y que trató de impedir con sus funciones la concurrencia de los fieles al templo, en vez de lograr su objeto impío, vió de tal modo desierto por muchísimos días el local en que quiso actuar, que por no perecer de hambre, se embarcó precipitadamente y se volvió á Tenerife. De esta manera la

misericordia infinita del Eterno supo preparar la serie de triunfos espirituales que su santo enviado había de obtener para la divina gloria en aquella Isla; pues al girar la visita de los pueblos del interior fueron innumerables las sorprendentes conversiones que obtuvo y muchísimos los matrimonios que efectuó, para dejar en buen estado de conciencia á criaturas que vivían vergonzosamente enlazadas por el deplorable vínculo del amancebamiento civil: dándose el caso en una parroquia, de verificarse á un mismo tiempo con gran edificación de los fieles, el casamiento y velacion de doce personas. Al visitar por esta misma época la Isla de Tenerife, se cayó en tres distintas ocasiones del caballo que montaba, habiéndose lastimado bastante en una de ellas hasta llegar á perder el sentido por la violencia del golpe que hubo de recibir. Sin embargo, sobreponiéndose su voluntad de hierro á los dolores físicos, estuvo tan distante de interrumpir la Visita, que continuando su camino hacia los pueblos á que se dirigía, predicó como de costumbre á su llegada y siguió observando despues idéntico órden de ejercicios que en las poblaciones anteriores.

Era tan afable para todos los que se acercaban á su persona, por humilde que fuera la clase á que pertenecieran, que aún los corazones más tímidos cobraban santa confianza para exponerle sus necesidades, ó para hacerle las peticiones que les eran convenientes, llegando sin duda en más de una vez á abusar, si bien jamás á cansar, á aquella alma generosa llena de cristiana mansedumbre. Tal sucedía con las Confirmaciones; pues no contento con administrar este Sacramento en la Parroquia á apiñadas tandas que en número de dos, tres y á veces más, segun la importancia de la poblacion y la capacidad del templo, se presentaban á la hora que se había marcado, los que por justas causas y aún acaso por negligencia no llegaban á tiempo, estaban seguros de no volverse sin confirmar si dirigiéndose á la casa en que se hospedaba aquel Prelado bondadosísimo, lograban que llegase á sus oídos su súplica, pudiendo testificar, si fuera necesario, aún con juramento los capellanes que hoy traspasados de desconsuelo lloran á varon tan santo, que hubo vez de hallarse ya montados á caballo y con los baules colocados sobre las acémilas que habían de transportarlos á la poblacion vecina, y S. E. I. dispuso que se deshicieran las cargas y que todos detuvieran la marcha á fin de que no quedasen desconsolados sin las copiosas gracias de este santo Sacramento, algun hombre infeliz, una pobre mujer, ó alguna mísera criatura. Así se explica que en los diez años de su Pontificado en Canarias llegó á conferir el Sacramento de la Confirmacion á más de 80,000 personas, habiendo pasado de 60,000 las Comuniones que en el mismo espacio de tiempo distribuyó por su propia mano.

Si se llega á realizar algun día la esperanza, que manifestamos al comenzar estos desconcertados borroneos, de que una pluma experta, un ingenio esclarecido, se ocupe en consignar todos los hechos dignísimos de mencionarse que realizó el Excmo. Sr. Urquinaona en los 69 años y siete meses tan bien empleados que el Señor le concedió de vida, sorprenderá, sin la menor duda, el bellissimo resplandor de las excelentes y sólidas virtudes que engalanaban á aquel hermoso y perfecto corazón; mas debiendo circunscribirse nuestro trabajo á límites bien estrechos, de los que tememos muy mucho habernos excedido en demasía, sólo aduciremos unos cuantos hechos por los que se entienda la manera tan brillante con que, sin procurarlo, dió á conocer en aquella Diócesis su firmeza inquebrantable para defender los derechos de la Iglesia, su celo ardiente por la gloria del Señor, y su afán sin medida por la salvación de las almas.

Á raíz de los sucesos de setiembre de 1868, el Gobierno provisional nombró para una Canonjía de la Catedral de Canarias á un sacerdote bien entendido por cierto; pero que no llenaba, segun los informes tomados secreta y cuidadosamente por nuestro virtuoso Prelado, todas las justas condiciones, exigidas por los sagrados Cánones en los que han de formar parte de esos Cuerpos dignísimos, verdaderos y venerables Consejos de los Obispos; estuvo muy léjos S. E. I. de concederle la colación canónica que pretendía, ántes bien, sin intimidarse por la vocería de los malos periódicos ni por las amenazas horribles de los parciales del interesado, ni por la angustiosa presión que se trataba de ejercer en su ánimo desde elevadas regiones, logró que se atendiesen en Madrid las justísimas y poderosas causas de su negativa y que, revocándose aquel nombramiento, se proveyera la pieza eclesiástica vacante, en persona adornada de las cualidades debidas. Por el contrario, en época muy posterior, hallándose interrumpidas lastimosamente en España, las relaciones entre la Iglesia y el Estado que se negaba á satisfacer á los ministros del Dios vivo la mezquina asignación que les debe para su sustento por carga de justicia, vacaron dos Canonjías en la Catedral de Tenerife, cuyo Obispado gobernaba en aquella época en administración apostólica nuestro Excmo. Prelado. Como entónces la Corona no conservaba, ni podía conservar turno alguno en la provision de las vacantes, S. E. I. usando del derecho que indisputablemente le correspondía, agració con aquellas plazas á dos señores Presbíteros de verdadero mérito. Despues de verificarse la restauración hubo de significársele que se había excedido en sus atribuciones, exigiendo, ya que no fuera otra cosa, que los favorecidos pidiesen á Madrid las reales cédulas de provision; mas el noble y sa-

bio Prelado explicó la legalidad y rectitud de su proceder con tan prudente medida y con firmeza tan cristiana, que se reconocieron aquellas provisiones.

La recuperacion de la parte del Seminario que le habían arrebatado bajo el pretexto de establecer un Instituto local, y la devolucion del solar del convento de las Religiosas Bernardas que derribaron hombres impíos al estallar la revolucion de Setiembre, se debieron tambien á la constancia y actividad del Excmo. Sr. Urquinaona que, para lograr su intento, hizo dos viajes á la Península, é interesó en su demanda á un personaje de su íntima amistad, bastante poderoso aunque alejado del gobierno en aquella ocasion, para alcanzar, como lo consiguió por sus buenos oficios, tan feliz resultado.

Su celo por la gloria de Dios y su afan porque se le tributara con el esplendor posible el culto que le es debido, lo manifestó este Pastor venerabilísimo, entre otras cosas, dejando perfectamente organizadas las Conferencias morales de los Eclesiásticos de ambas Diócesis y reorganizando de un modo completo y admirable el Seminario Conciliar; pues no contento con haberlo provisto de entendidos catedráticos, redactó é hizo que se observara en él, cuidadosamente, un perfecto reglamento interior, logrando coronar su obra cuando alcanzó del Sumo Pontífice y del Gobierno español la facultad de conferir grados mayores á los que estudian en aquel establecimiento literario. Este mismo celo le llevó á costear en todo ó en parte la edificacion ya parcial, ya desde los cimientos, de siete Iglesias y á dedicar fortísimas sumas á la adquisicion de ornamentos nuevos para los templos que de ellos carecían, y para componer los antiguos á los que los tenían en mal uso. Su elocuente palabra, comunicando á los fieles el ardor de su devocion al Santísimo Sacramento, dió aumento tan progresivo al religioso esplendor con que se celebran en aquellas Islas la procesion y demas festividades del Santísimo Corpus Christi, que en los últimos años de su pontificado causaban una justísima admiracion y un singular consuelo á todo corazon verdaderamente católico. Sobre todo la obra que recordaba siempre con singular placer, aquel entusiasta y sinceramente piadoso siervo de Dios, era la institucion en aquellas Islas de su devocion favorita, el jubileo circular de las cuarenta horas que, despues de allanar grandes obstáculos, logró ver establecido en la Catedral y parroquias más importantes de Gran Canaria.

Como es imposible amar á Dios sin que el corazon se abra en el mismo tiempo en caridad hacia el prójimo, á estas obras que inspiraba á nuestro inolvidable Padre su celo por la divina gloria, deben agregarse los grandes hechos que allí ejecutó para alcanzar la salva-

cion de las almas. Estaba S. E. I. íntimamente convencido de que muchas desdichadas criaturas hacen la guerra á nuestra Santa Madre la Iglesia católica porque no la conocen, y viven separados de ella porque séres perversos los ilusionan impidiéndoles conocer los admirables favores que derrama sobre sus fieles hijos; así es que, oyendo desde su llegada que, los individuos del partido más avanzado de aquella capital, tenían frecuentes reuniones en donde se exponían con toda su exajeracion teorías abominables, concibió el generoso pensamiento de hacer oír, siquiera por una vez, á aquellas criaturas extraviadas la voz del Cielo. Á este fin, escribió una sencilla y digna carta al que hacía de cabeza de aquellos hombres alucinados, indicándole su deseo de hablar públicamente á todos. Señalado para este objeto el local en donde tenían sus habituales reuniones, por ser el más espacioso que podía encontrarse, el valeroso y santo Obispo, sin atender á los peligros que ciertamente corría al tratar de que una multitud entónces fanatizada y capaz acaso de ejecutar las mayores violencias, oyese el poderoso, si bien en muchas ocasiones amargo, acento de la verdad, acompañado tan sólo de su Secretario, penetró en aquel edificio y en una oracion patética, elocuentísima, en que rébosaba al par el ardor de su celo y el prudente espíritu de su sublime caridad, les hizo conocer que, al dirigir sus armas contra la Iglesia católica, herían en sus propios corazones: que eran puras calumnias todas las acusaciones que sus periódicos y sus tribunales dirigían á tan dulce Madre, que léjos de gozarse en la desgracia, en la humillacion, en la ignorancia y esclavitud de sus hijos, sólo por ella podemos tener paz sólida, grandeza y libertad perfectas y bien entendidas, y verdadera ciencia. Al concluir sus amorosísimas, si bien enérgicas palabras, uno de los presentes quiso hablar, sin duda intentando rebatir con solismas los exactísimos conceptos que había proferido el noble Prelado, pero éste que no se había propuesto, por no parecerle conveniente en aquel caso, sostener polémica alguna, se levantó de su asiento y se despidió con estas ó muy semejantes notabilísimas palabras: «No he venido entre vosotros á discutir, sino á haceros escuchar como Padre amoroso, el lenguaje de la verdad.»

Este acto de valor y de caridad, que por el pronto exaltó en algunos los sentimientos más horribles de venganza y que muchos otros creyeron en aquellos días que había sido una temeridad inexplicable, fué, sin duda, una inspiracion del Altísimo como muchas otras que resaltan de una manera palpable en esa vida gloriosa, que desgraciadamente para nosotros ahora ya está extinguida. Los resultados que comprueban este aserto se tocaron en años posteriores, cuando por los manejos y sugerencias detestables de las sociedades secretas

se había suscitado tal agitacion entre las clases trabajadoras de aquellas Islas, creciendo de hora en hora los síntomas anarquistas y llegando el atrevimiento de algunos hasta reclutar públicamente los incautos para que se afiliasen en la secta verdaderamente infernal de los solidarios, que las autoridades mismas temieron y con razon los más tristes acontecimientos. La Providencia divina, que miraba con benignos ojos á aquellas cristianas poblaciones, hizo se desvaneciera de un modo admirable tan espantosa tempestad. El primer Ministro de nuestra augusta Religion en aquellas lejanas Islas, nuestro amadísimo Pastor, concibe la idea de formar una Sociedad cristiana de obreros bajo la proteccion del glorioso Patriarca San José que, en efecto, quedó instalada en 19 de marzo de 1872 en la ermita de los Santos Justo y Pastor de la ciudad de Las Palmas y de tal suerte se había ganado el Venerable Prelado los corazones de los obreros, aun los de ideas más extraviadas, con el acto de valor y de abnegacion santa que conmemoramos más arriba y, sobre todo, por haber ya podido conocer, mediante el largo tiempo que moraba entre ellos, los bellísimos sentimientos de aquel augusto Prelado que como se le escapa decir de sí mismo en una de sus más notables y profundas pastorales: «Amamos de corazon la pobreza, nunca estamos más satisfechos y » conselados que cuando Nos encontramos entre los pobres; nuestro » mayor placer es dar algo de lo poco que tenemos al indigente, hospedarlo en nuestra casa y hasta sentarlo en nuestra mesa; y agregándose á estos sentimientos de nuestra alma nuestros deberes de Obispo » po ¿cómo las aspiraciones justas de los pobres podrán nunca dejar » de ser benévolamente acogidas por nuestro Ministerio Pastoral?» de tal manera, repetimos, reconocían en él estos hermosos sentimientos, que, prestando atencion á su paternal llamamiento, corrieron á ingresar en la Sociedad que acababa de establecer abandonando las funestas lógicas y las malévolas asociaciones á que ántes pertenecían, y así quedó asegurada por algunos años la tranquilidad de aquella importante poblacion.

Tambien fué de gran importancia un minucioso trabajo que llevó á feliz término el Excmo. Sr. Urquinaona, á saber: la ereccion de varias nuevas capellanías con arreglo á lo prevenido en el Convenio celebrado entre la Santa Sede y la Corona de España en 16 de junio de 1867 y el Real Decreto que en 25 del mismo se expidió de acuerdo con el M. R. Nuncio de Su Santidad. Fueron estas capellanías treinta y seis en el Obispado de Canarias y nueve en el de Tenerife. Algunos de los agraciados con ellas quedaban en la obligacion de dar una cátedra en el Seminario: otros se agregaban como Coadjuutores á algunas parroquias de importancia: y los más tenían, entre

otras obligaciones, las de decir Misa, dar sencillas instrucciones catequísticas, y también enseñar Doctrina cristiana á los niños, en aquellos pagos que, como S. E. I. había tenido ocasion de examinar por sí mismo en la Visita de las siete islas, por su alejamiento de las parroquias, carecían no ya de frecuencia de Sacramentos, sino casi de toda instruccion y práctica religiosa. Todos los penosísimos trabajos preparatorios que precedieron á esta ereccion así como el luminoso estado en que se expresan detalladamente cuanto se refiere á todas y á cada una de las capellanías, los ejecutó por sí mismo S. E. I.: siendo tan notable el mérito de esta obra, que la hemos oído celebrar con encomio á personas de gran competencia en estos asuntos. Los resultados de la ereccion de estas capellanías ya se pudieron apreciar en la segunda Visita Pastoral que giró S. E. I. por el Obispado de Canarias; pues el número de las Comuniones, que entónces tuvo el consuelo de distribuir, sobrepujo de tal suerte al de la vez primera, que fué duplicado en casi todos los pueblos.

Á estas notabilísimas obras, que eran seguidas de otras innumerables que es imposible reseñar en estas ya abultadas páginas, sucedieron conversiones importantísimas de individuos que pertenecían á las clases más elevadas é instruidas de aquellas Islas: siendo especialmente dos de ellas las más notables por el buen efecto moral y santas consecuencias que produjeron, mediante á que se trataba de personas conocidísimas, de gran influencia y una de ellas sumamente resentida con el Prelado que se había visto en la dolorosa obligacion de condenar públicamente una de sus obras literarias.

La presentacion del Excmo. Sr. de Urquinaona para esta Silla episcopal que es sin duda despues de las Metropolitanas la primera de la Península, interrumpió estas grandes empresas y sobresaltó de una manera extraordinaria al humilde corazon de aquel dignísimo Obreiro evangélico. La baja idea que tenía formada de sí mismo el que fué nuestro queridísimo Padre, el amor sin medida que ya profesaba á aquel pequeño rebaño que la Providencia del Eterno le había encomendado, cuya carga ciertamente se había hecho más llevadera desde que en el año de 1877 cesó en la Administracion del Obispado de Tenerife por el nombramiento que Su Santidad hizo de un Prelado para aquella Diócesis; y hasta la avanzada edad en que se encontraba entónces el Excmo. Sr. de Urquinaona le movieron á oponer á su merecidísima promocion más resistencia, si cabe, que en años anteriores, cuando intentó apartar de sus hombros la Santa carga del Episcopado. Léase la notabilísima Carta pastoral fechada en 15 de Octubre de 1878, que S. E. I. dirigió al Clero y á los fieles de esta Diócesis al tomar solemne posesion de ella, y se verán retratados

claramente en este escrito los sentimientos que agitaron su alma en la ocasion de que tratamos.

Sin embargo, dichosamente para este Obispado, no fueron atendidas sus excusas, ni se le aceptaron sus renunciaciones, por lo que, preconizado en el Consistorio de 15 de Julio de 1878 para esta Silla, tomó posesion de ella por poder el día 8 de octubre del mismo año, haciendo su primera entrada en esta Capital, la tarde del 14.

Aquí deberíamos poner fin á este desaliñado relato; porque desde entónces son bien conocidos de cuantos tuvimos la dicha de ser guiados por tan amante Pastor, los afanes y sudores con que sin descanso alguno, olvidado de sí mismo y de los suyos, puestos los ojos únicamente en esa sacrosanta y celestial Patria, adonde quería conducirnos á todos, ha labrado la notable porcion que de su mística heredad le había confiado nuestro adorable Salvador y divino Maestro Jesucristo. Pero, como estas líneas pueden llegar á otros puntos en donde convenga dar á conocer, aunque no sea más que compendiosamente, los últimos años de la vida de este nuestro santo Obispo para que los fieles se edifiquen, y para que bendigan al Señor que es tan admirable en sus siervos, narraremos rápidamente algunos de los sucesos de estos cinco últimos años.

El devotísimo hijo de María, que en todos los puntos que recorrió durante su bendita existencia, se ocupó de una manera especialísima en ensalzar las grandezas de tan gloriosa Madre, no quiso dar sus primeros pasos en esta Diócesis sin recibir ántes la fructuosa bendicion de esta Reina Soberana de Angeles y de hombres. En efecto, volando en alas de su devocion á la majestuosa Basílica en donde anda sobre elevados riscos la amabilísima y poderosa Paloma de Montserrat, dedica los primeros días del mes de octubre á implorar por medio de rigurosos ejercicios y de fervientes plegarias la ilustracion divina para su mente y las virtudes indispensables á su corazon, á fin de guiar con acierto por los caminos del Cielo á esta noble parte de la nacion española que tanto le hacía esperar para gloria de Dios por la acendrada piedad que conservan en ella aún la generalidad de los corazones y por la perfecta sumision que siempre han prestado los hijos de este noble suelo á sus Autoridades eclesiásticas.

Que Dios oyó misericordiosamente su súplica presentada por la mediacion de María y que su planta no dió, ni siquiera un ligero paso en vago en el gobierno y direccion de esta Diócesis, así como tampoco en sus propias doctrinas y en las enseñanzas que día y noche á toda hora, ofrecía á los fieles, así de palabra como por escrito; sino que siempre creyó, practicó, y enseñó, en cuanto al dogma, moral y disciplina lo que cree, practica y enseña relativamente á es-

los puntos el augusto Vicario de nuestro Señor Jesucristo en la tierra, el Sumo Pontífice romano y con su excelsitud, toda la Iglesia católica, no lo puede poner en duda ningun corazon cristiano en el que todavía more el temor santo de Dios. Regístrense sus pastorales, examínense sus sermones, recuérdense, con intencion recta, sus mismas palabras, vertidas en conversaciones particulares y hasta en el seno de la más íntima confianza, y sólo se hallará en ellas, lo que se puede admirar en su vida toda: caridad, prudencia, celo ardiente por la gloria de Dios y por la salvacion del prójimo, anhelo sin límites de conservar á las ovejas fieles, sin extravío de una sola, agrupadas bajo el santo estandarte de la Cruz que tan gloriosamente sustentó hasta el último suspiro en su diestra vigorosa, un corazon siempre abierto y unos amorosísimos brazos extendidos á toda hora convidando á penitencia y reconciliacion á los pecadores y á todos esos hombres desdichados que hacen inútil la sangre preciosa del Salvador, por su alejamiento de este divino Padre y de su immaculada Esposa la Católica Iglesia.

Á su llegada todavía se podían percibir en esta capital los funestos resultados de las pasadas disensiones civiles y, sobre todo, de las deletéreas doctrinas que se habían propinado con infernal constancia á la sencilla y movediza plebe. El esplendor de los actos del culto público de nuestra augusta Religion era oscurecido algunas veces por el proceder incalificable de hombres extraviados, que fingían querer conculcar el espíritu de partido donde solo había en realidad verdadero espíritu cristiano. El Excmo. Sr. de Urquinaona creyó con razon que, para poner un sello en los labios de los enemigos de la Religion, no había medio más excelente que la perfecta santificacion de los buenos y la completa reforma de costumbres de los pecadores, y para lograr tan alto fin, desde el mes que siguió á su entrada hasta la Cuaresma del 79, dió por sí mismo los Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola, á la mitad de los señores eclesiásticos de la Diócesis, reunidos en una sola tanda. Fué tan edificante el espectáculo que ofreció la procesion ordenada con todos ellos y el Prelado á la cabeza, llevando en sus manos un gran Crucifijo, que (durante la breve carrera que media entre la Iglesia de San Felipe Neri y la Catedral, en donde todos recibimos de las manos de nuestro Pastor la Comunión Sagrada) no ya mujeres piadosas, sino enérgicos varones, derramaban lágrimas de compuncion y de ternura. Concluída esta tanda, dió tambien por sí mismo Ejercicios espirituales á los demás fieles, primero á los hombres é inmediatamente á personas del otro sexo, siendo tanta la concurrencia en ambas ocasiones que casi no se podía entrar en el templo y no permitiéndole las perentor-

rias atenciones del gobierno de la Diócesis dirigir en persona las otras tandas á que acudieron los demas eclesiásticos, confi6 este delicado encargo á los reverendos y celosos PP. de la Compañía de Jesus.

Pero áun no estaba satisfecho con esto aquel insigne espíritu, siempre desvelado por el bien de sus hijos. Puesto de acuerdo con el Reverendo Provincial de la religion citada, hizo que, reuniéndose en esta poblacion diez y seis elocuentísimos y sabios sacerdotes Jesuítas, diesen simultáneamente misiones en todas las parroquias, siendo tales los resultados de aquellas, que se administraron, al finalizarlas, más de ochenta mil comuniones, mejorándose en gran manera la faz de esta nobilísima ciudad.

En la Cuaresma de aquel año, como en todas las que despues se han seguido á excepcion de las dos postreras, observó el siguiente método. Cada Domingo predicaba en la Catedral en la Misa solemne, y, en el resto de la semana, dedicaba cuatro noches á hacer pláticas doctrinales en dos distintas parroquias: en las últimas Cuaresmas hizo todas las pláticas doctrinales en una parroquia sola. El domingo de Ramos hacía la bendicion de las palmas y predicaba á continuacion: el miércoles Santo, asistía á los Maitines solemnes; el juéves celebraba de pontifical y despues de consagrar los Oleos, en vez de las breves advertencias que marca el Pontifical romano, dirigía una extensa plática á los sacerdotes que habían asistido á dicho acto. Inmediatamente hacía la ceremonia del Lavatorio que terminaba siempre con otra fervorosa plática, y sin tomar descanso alguno servía en Palacio la comida á los doce pobres á quienes había lavado los piés. Por la tarde acudía á la Catedral para los Maitines de Tinieblas: y una hora despues de haber estos concluido, iba á visitar los Santos Monumentos, acompañado de sus familiares y de algunos señores del Cabildo eclesiástico. El viérnes Santo á las 4 de la mañana bajaba á la Catedral, de donde salía á las 6 para recorrer algun otro Sagrario. Despues de celebrar los Oficios de dicho día, que en esta santa Basílica terminan de ordinario de doce, á doce y media de la mañana, subía al púlpito, no á leer; sino á predicar las tres horas de agonía de Nuestro Señor, hasta cuya terminacion, que casi siempre era á las cuatro y media de la tarde, no probaba bocado alguno; pues nuestro Excmo. Prelado, no obstante su avanzada edad, que le excusaba de ello sin duda alguna, observó íntegramente hasta su muerte, los ayunos y abstinencias que impone la Iglesia nuestra Madre.

El sábado Santo siempre celebró Órdenes desde que fué consagrado Obispo, y no faltaba nunca ese día á la Misa solemne de la Catedral: finalmente el Domingo de Resurreccion administraba muy de

mañana el Pan angélico á la multitud de fieles que acudían á recibirlo de sus sagradas manos y más tarde celebraba de Pontifical y daba la Bendición Papal.

En el presente año, además de ejecutar lo dicho, ocupó los lunes y martes de las cinco primeras semanas de Cuaresma en terminar la Santa Visita de las diez y nueve parroquias de esta ciudad: pues tenía proyectado girar por segunda vez, si Dios le conservaba la vida, la de todas las parroquias de la Diócesis.

Á los ayunos de que hemos hablado poco ántes, hay que añadir el Adviento entero en que S. E. I. ayunaba por devoción, así como todos los viernes, y las vísperas de las festividades de Nuestra Señora y de las fiestas más solemnes del año. La abstinencia de carne la guardaba rigurosamente también por devoción todos los viernes, y en la Cuaresma los miércoles.

Las tareas que hace poco hemos enumerado y las múltiples que ofrece sin interrupción á su Obispo esta populosa capital, no le impidieron emprender en enero de 1879 la Santa Visita de sus diez y nueve parroquias, que terminó al empezar la Cuaresma; durante el Tiempo Pascual hizo la del Oficialato, y en 5 de julio del mismo año empezó por el Arciprestazgo de Vendrell, la que había de girar por las 243 parroquias restantes, terminándola en 5 de enero de 1881.

Sólo un hombre del cielo, de la fuerza de voluntad y de una salud tan robusta, como nuestro muy amado Pastor, hubiera podido, como él, soportar, sin sucumbir, las pesadísimas fatigas de una Visita pastoral tan rápida y sin descanso como la que giró en esta Diócesis, observando en ella el orden y distribución siguientes:

Mandaba delante de sí un elocuente y fervoroso misionero, que deteniéndose en las poblaciones los días que se consideraban oportunos, según la importancia de cada una, las preparaba de una manera conveniente para recibir con fruto los celestiales favores que venía á derramar sobre ellos la Santa Visita. S. E. I., por su parte, procuraba llegar á las poblaciones al anochecer, para que la procesion de entrada fuese más brillante é impresionara de un modo favorable los ánimos; hacía, según marca el Pontifical, la visita del cementerio, las del Tabernáculo, Pila bautismal y los altares; se desnudaba de los ornamentos, rezaba el Rosario con los fieles, predicaba inmediatamente un sermón que no bajaba de tres cuartos de hora, y después de escuchar la traducción en catalán que hacía al pueblo otro misionero que llevaba consigo, terminaba las tareas de aquella noche dando solemnemente su bendición Pastoral. Al día siguiente, celebraba Misa rezada y distribuía en ella la Sagrada Comunión, por su propia mano, á los muchos fieles que en cada loca-

lidad ansiaban tener esta dicha. Una hora más tarde, hacía las Confirmaciones, y si le sobraba tiempo, despues de ellas, visitaba las escuelas y academias y á algunos enfermos necesitados, y si entónces no era esto posible, lo ejecutaba por la tarde, ántes de ponerse en camino para la siguiente poblacion. En los intervalos brevísimos que mediaban entre las ocupaciones mencionadas, dictaba, ó examinaba cuando ménos, los autos que debían quedar estampados en los libros parroquiales; visitaba á las autoridades y conferenciaba con el clero y con las personas con quienes debía tratarse algun asunto relacionado con la parroquia, encontrando siempre para todos santas instrucciones y amorosísimos consejos. Aunque el temor de fatigar á nuestros piadosos lectores nos impide consignar los sucesos más principales y dignos de mencion que ocurrieron en aquella Santa Visita, de ningun modo podemos omitir que, por estar el invierno ya muy avanzado, cuando llegó á Mataró sólo pudo dedicar cinco días á la Visita de esta importante ciudad, siendo así que presentaba tarea más que suficiente para ocupar, sin mucho desahogo, más de quince, por el número crecidísimo de Confirmaciones que tuvo que administrar, los templos y conventos que visitó, y las asociaciones piadosas, institutos, autoridades y personas particulares que hubo de recibir y á quienes dirigió la palabra. Pero lo que sobrepujó á todo en esta poblacion, fué la manera que tuvo de celebrar la fiesta de Navidad. Desde la una de la tarde de la víspera no probó bocado alguno hasta la misma hora del día siguiente, y en este espacio de tiempo, además de las tareas ordinarias de la Santa Visita, cantó con todo el clero Maitines solemnes, que duraron más de tres horas; celebró de pontifical, en la Parroquia, la Misa de media noche; la segunda Misa, ó sea la del alba, la dijo en la iglesia de las Hermanitas de los Pobres, á quienes dió la Comunion, así como á muchos de los albergados, y en la tercera Misa, que tambien celebró de pontifical en la citada Parroquia, predicó un fervoroso sermón de más de una hora.

En estos cinco años ha visitado tambien, casa por casa, todos los conventos y colegios que, dirigidos por religiosos ó por religiosas, existen en la Diócesis, dejando consignados en los libros de Visita de todos los primeros los mandatos y consejos que juzgó S. E. I. convenían para el mayor aprovechamiento espiritual de los individuos, ó para que la disciplina monástica no sufriera la más pequeña relacion. Ansioso de que los niños recibiesen una instruccion completa de la Doctrina cristiana, se privaba muchos domingos de la siesta que, atendiendo á las pocas horas que por las noches dedicaba al sueño, le era sumamente necesaria, para recorrer en los momentos destinados á

la enseñanza del Catecismo unas cuantas parroquias y examinar por sí propio, cuando ménos podían esperar su presencia los encargados de la enseñanza, si se atendía ó se descuidaba tan sagrado ministerio. A este mismo solícito afán por la instruccion cristiana de la juventud, eran debidas no sólo las sumas considerables que destinaba á sostener los establecimientos dedicados á fin tan importante, sino tambien las pensiones con que mantenía en clase de internos en los colegios á muchos niños de ambos sexos; y asimismo la decidida proteccion que dispensaba siempre á los Institutos benéficos que, como el Asilo dirigido por las Dominicas francesas del Buen Consejo, el de las Religiosas del Buen Pastor, las Adoratrices, Huérfanos, Casa de Misericordia y el Asilo Naval, dirigen sus esfuerzos ya á corregir, ó ya á preservar de extravíos á la juventud de ambos sexos.

Durante su permanencia en esta ciudad, ha consagrado un número incalculable de cálices y de patenas; más de cuatrocientas aras; el altar mayor de la iglesia del Pino; el de las Religiosas de Loreto y el de las de Jesus María, en San Andrés de Palomar. Consagró tambien el bellísimo oratorio de las Adoratrices y puso un gran número de primeras piedras para edificios destinados al culto divino, ó á establecimientos de instruccion ó de beneficencia.

Los sermones formales que ha predicado, desde su consagracion, en las Diócesis que ha tenido á su cargo, fueron, entre Canarias y Tenerife, más de mil trescientos, como aparece en el número 535 del *Boletín eclesiástico* de la primera Diócesis, y en Barcelona, segun cuenta cuidadosamente llevada por el excelentísimo finado, suben á seiscientos cincuenta y siete: de las pláticas de ménos importancia es imposible formar cómputo exacto. La urgencia con que se redactan estos apuntes, no nos ha permitido adquirir noticias exactas de las confirmaciones administradas por S. E. I. en este Obispado, que, atendiendo al superior número de habitantes que tienen sus poblaciones relativamente á las ciudades y pueblos de Canarias, deben superar, ó al ménos igualar, las de estos cinco años, á las conferidas durante los diez que rigió aquellas lejanas Diócesis.

El carácter bondadoso y expansivo, y el gran corazón del misericordioso Prelado, que hemos tenido el inmenso pesar de ver desaparecer de entre nosotros, hacía que no sólo hubiera dedicado dos horas diarias para escuchar á los sugetos que querían tratar con S. E. I. negocios importantes de la Diócesis, sino que aprovechaba estas mismas horas, para procurar el remedio de sus infortunios á todos aquellos que se encontraban en grandes apuros ó en alguna notable afliccion; llegando hasta tal punto la filial confianza,

que á todos inspiraba, que, los más de los días, los corredores del Palacio se veían llenos completamente de personas aún de la más baja esfera, que solicitaban sus auxilios. Pero no es esto sólo, sino que fuera de estas horas de audiencia pública, en las demas del día y aún de la noche, cualquier necesitado, por poco que insistiese en su empeño, tenía acceso franco hasta aquel generoso y fiel discípulo de Jesucristo, que despues de derramar á manos llenas las cantidades respetabilísimas de que podía disponer, ya de su asignacion, ya de otro cualquier origen, se quejaba sentidamente entre nosotros de que «los Obispos actuales de Barcelona no tuviesen á su disposicion millones para el socorro de las iglesias y de los pobres; pues se le partía horriblemente el corazon al oír las grandes desdichas que se le descubrían y no poder dar á ellas el remedio necesario y completo.» Este mismo deseo de aliviar la suerte del menesteroso y de socorrer al necesitado, hizo que, como todos saben, tomara una parte muy activa en las diligencias y sabias determinaciones con que la dignísima Asociacion del Fomento de la Produccion del Trabajo nacional y otras Corporaciones y personas notables de Barcelona, procuraron hacer ménos espantosa la catástrofe ocurrida hace poco con motivo de la explosion de una caldera de vapor en una fábrica de la calle de Amalia. Su ida al Senado para defender los intereses de la produccion nacional, que le manifestaron salían perjudicados de una manera notable por el tratado con Francia, obedeció á los mismos sentimientos de caridad y á su anhelo de impedir en cuanto estuviera de parte suya, las desastrosas y sangrientas perturbaciones que pudieran ocasionarse, si, faltándole algun día el trabajo indispensable para su sustento á gran parte de la clase obrera, hombres revoltosos y de aviesas intenciones, se aprovecharan de tan triste situacion para arrastrarla al desórden y á los tumultos.

No queremos dejar de referir uno de los sucesos más importantes que han tenido lugar durante el brevísimo pontificado de nuestro muy amado Sr. Obispo, que de santa gloria goce; porque ciertamente fué un copiosísimo manantial de consuelos para su alma en más de un momento de amargura y desolacion, con que, como ocurre con frecuencia á los espíritus verdaderamente privilegiados, quiso aquilatarle el Señor y purificar su noble alma, para hacerla más y más digna de la corona de gloria que le reservaba, y le habrá ya concedido, sin duda, en el Cielo. Nos referimos á aquella piadosa y nunca vista peregrinacion *ad limina Apostolorum* que verificó el santo Pastor, acompañado de un número muy notable de sus ovejas más escogidas. Por toda España volaron los pormenores honrosísimos de aquella devota jornada. Nadie ignora, seguramente, los altos ejem-

plos de religiosa compostura, de verdadera piedad, de perfecta adhesion á la cátedra de Pedro y de amor intenso y filial hacia la augusta persona de Leon XIII, que se complacieron en dar en aquellos dichosos días, á la faz de todo el orbe, así el anciano y noble Obispo, como sus virtuosos y fieles seguidores. Y del mismo modo, ¿quién puede haber olvidado aquellas muestras tan expresivas de paternal afecto, de distinguida consideracion y de amistosa ternura, que, ya en audiencias públicas, ya en entrevistas privadas, prodigó S. S. á todos aquellos romeros, pero de un modo especialísimo al insigne y venerable Obispo de Barcelona, cuyos trabajos, ideas y sentimientos le eran muy conocidos? En lo que el Señor le ha concedido de vida, despues de aquellos tiernísimos é indescriptibles momentos, jamás pudo nuestro Excmo. Prelado recordar, sin una emocion profundísima, así los dos estrechos y cariñosos abrazos con que, una vez en audiencia pública y otra solo delante sus respectivos familiares, le honró el Padre Santo, como aquellas dulcísimas palabras con que en esta última ocasion se dirigió á los circunstantes. Aunque motivos de gran importancia nos privaron de la dicha de presenciar tan notable escena, todavía nos sentimos conmovidos al recordar la inexplicable ternura con que nos referia el devoto Prelado, la sorpresa y profundo agradecimiento con que de los labios augustos del Prisionero del Vaticano oyó brotar estas ternísimas palabras: «Ven, hijo mío, deja que imprima en tu faz el ósculo de mi amor.» *Veni, filii, ut deosculer te.* Sorpresa que se trocó en verdadera confusion, como nos aseguraba el humilde Prelado, cuando despues de exclamar, lleno de entusiasmo al ver cuadro tan patético el sabio Religioso que los había introducido en la Cámara Pontificia: «Santo Padre, bien puede V. B. distinguirle, porque es un gran Obispo» escuchó que respondía con amoroso acento el Santo Vicario de Jesucristo: «Lo sé; y por esto lo quiero mucho; lo amo por su ardiente celo, por su virtud, por su saber y por su firme y bien probada adhesion á la Cátedra de Pedro.»

No estará por demas consignar para consuelo y satisfaccion de los numerosos admiradores del Sr. Urquinaona que desde entónces y hasta su muerte no ha dejado de recibir del Sumo Pontífice, y por cierto en momentos bien difíciles, cartas laudatorias llenas de consuelos, de frases alentadoras y de paternal cariño, conservadas cuidadosamente por nuestro bendito Pastor como celestial é inapreciable tesoro, que le testificaban de continuo y de una manera inequívoca el singular afecto con que premiaba la Silla Apostólica la rectitud de sus intenciones, la extremada prudencia de su proceder, la pureza de su doctrina y de su moral y su adhesion perfecta é inquebranta-

ble; sin que jamás la Santa Sede le hubiese significado ni hecho significar, directa ni indirectamente, el más mínimo desagrado por acto alguno de su episcopal conducta.

Para cerrar dignamente estos mal pergeñados apuntes biográficos del que, atendiendo á lo que hemos referido de su niñez, pudiera llamarse con razon hijo de un milagro de María, hemos reservado para este sitio la narracion de la página de su vida que nuestro amantísimo Padre miraba con justicia como la más bella y en consideracion á la cual decía en su humildad profunda y en su candor de niño, que Dios había de tener misericordia de su alma y que la intercesion de nuestra excelsa Madre María Santísima, le abriría las puertas de una feliz eternidad. Todos habrán comprendido que hacemos alusion al Patronazgo de la Reina de los Ángeles sobre toda Cataluña bajo el glorioso y venerable título de Nuestra Señora de Montserrat. Con motivo de las grandiosas y espléndidas fiestas que se verificaron, para solemnizar el milenario de haber sido hallada en la célebre montaña la Santa Imágen de la que es Madre de Dios y Madre tierna de todos los hombres, nuestro Excmo. Prelado, á cuya poderosa iniciativa y piadosos esfuerzos, indisputablemente se debió en gran manera la sublime majestad y la solemne magnificencia de cultos tan santos, concibió la idea de dejar un monumento perenne de su amor á María y del sin igual cariño que todos los españoles y especialmente las provincias catalanas profesan á tan dulce Madre bajo la bendita advocacion ántes citada. Prolijo y áun enojoso sería referir con minuciosidad las gestiones que debió hacer, los obstáculos que hubo de allanar, y las grandes y al parecer insuperables dificultades que venció, hasta conseguir que la Sede Apostólica, protectora siempre de las grandezas de España, pero prudentísima en todas sus determinaciones, decretara de un modo favorable la declaracion ansiada del Patronazgo de la Virgen de Montserrat sobre toda Cataluña, y aprobase la creacion *in perpetuo* de una fiesta eclesiástica conmemorativa con rezo propio y rito de 1.ª clase con octava. Es imposible de todo punto á nuestra pluma pintar el júbilo sin medida y el sin igual agradecimiento hacia la Santa Sede con que en 1881 recibió nuestro difunto Sr. Obispo los documentos en que se contenían estas gracias: solo podrán comprender esto algun tanto los que poco despues de haber recibido estas gracias le pudieron contemplar como nosotros en la santa montaña, rebosando el rostro de alegría y mostrando claramente el júbilo de su alma, con motivo de la coronacion apostólica de aquella devota y antiquísima Imágen, que por especial delegacion del Padre Santo, pedida tambien por nuestro amado Pastor, realizó en el mes de setiembre de aquel mismo año el venera-

ble y agosto Arzobispo de Zaragoza, Excmo. Sr. Cardenal de Benavides: lo comprenderán tambien los que tuvieron la dicha de escuchar las inflamadas palabras que brotaron de sus labios el 11 de setiembre de 1881 en la fiesta con que se solemnizó en el monasterio de Montserrat la declaracion del Patronato: en fin los que hemos tenido la dicha de oírle tantas veces gloriarse de haber procurado honra tan grande á su dulce Madre la hermosa Morenita de las montañas catalanas. Hombre de vasto ingenio y de un corazon grande, sí, pero humilde como el de un niño, fué recibido, si es permitido expresarnos de esta suerte, en brazos de María Santísima al nacer, y despues de haber conducido con felicidad la navecilla de su alma entre los escollos de la vida mediante los auxilios é inspiraciones de tan nobilísima y celestial Señora, ántes de salir de este mundo se esforzó de una manera inaudita, por colocar sobre las sienes de su gloriosa Protectora una diadema hermosísima que, si bien no añade cosa alguna á la dicha y al esplendor de que se halla rodeada esa Virgen sacrosanta en las inmortales alturas, contribuye de una manera poderosa á avivar en todos los fieles el amor, la confianza y el respeto hacia tan augusta Princesa y á unir con vínculos indisolubles los corazones de todos sus hijos con el sacratísimo é inmaculado corazon de esa Madre adorada que despues de Jesus es nuestro único y santo refugio, nuestro amor, nuestra esperanza y la sola escala segura por donde podremos subir á nuestra Patria verdadera.

Y despues de lo que llevamos dicho ¿á quién podrán sorprender los hechos admirables que han pasado ante nuestros ojos en los días postreros del mes que acaba de transcurrir? ¿Por ventura la muerte del hombre, segun las palabras del Sabio, no es enteramente semejante á su propia vida, infeliz para el malvado, y preciosa á los ojos de Dios para el justo?

Brevísimos fueron los días que retuvo la enfermedad á nuestro amadísimo Padre en el lecho del dolor, aunque es indudable que para hacer que en él sucumbiese, debió minar acaso más de un mes con sordos, si bien destructores golpes, su vigorosa naturaleza; pero ¿cuán bien supo aprovechar aquel tiempo para dejarnos instrucciones que nunca podrán borrarse de nuestras almas; ejemplos admirables que quiere el Señor imitemos con la fidelidad de que son dignos; documentos preciosísimos de paciencia, de paz, de conformidad absoluta y perfectísima con la voluntad divina! Apenas se entera de la gravedad que ofrecía su aguda dolencia pide fervoroso el Pan de los Angeles, y recibe en su pecho á nuestro divino Maestro Cristo Jesus con tal humildad, y fervor tan grandes, que no sólo edificó á todos los que presenciaron el acto, sino que el recuerdo de aquella escena so-

lemne todavía nos conmueve hasta hacernos derramar lágrimas. Y desde aquel momento es ya imposible no ver al lado de aquel gran Pontífice á los gloriosos moradores de la Celestial Jerusalem que le sugieren ideas y excitan en él sentimientos que le separan más y más en cada instante de este humano lodazal y que elevan su espíritu con ímpetu irresistible hácia mejor vida. La carta que para despedirse de todos sus hijos, que apareció en el último número de este Boletín y que dictó en la madrugada del viernes 29; las prevenciones que hizo y los consejos que dió á cada uno de los que le rodeábamos en aquellas rápidas y dolorosas horas; su piadoso entusiasmo al besar la sagrada reliquia del B. José Oriol que llevaba al cuello, y la filial confianza y santo enternecimiento con que mirando cariñosamente á una pequeña imagen de Nuestra Señora de Montserrat, que nos había mandado pusiésemos en un altar en frente de su lecho, nos decía: «Yo la hice Patrona de Cataluña, y Ella en recompensa me llevará al Cielo:» las palabras de santo abandono y de resignación perfecta con la Divina voluntad que pronunciaba á cada instante, casi en los mismos términos que se refieren del glorioso San Martín, Obispo de Tours; su fervorosa insistencia en rezar el Oficio divino sin el alivio más pequeño hasta la víspera del día de su muerte, y en suplir en ese día postrero aquella santa carga, recitando con voz sumisa los salmos y trozos de homilias que conserva en la memoria; el extremado cariño y paternal ternura con que nos bendijo á los que tras pasados de pena, si bien llenos de piadosa devoción y de una admiración profunda, rodeábamos su lecho de muerte y el cuidado amoroso con que dió también su bendición para los ausentes; el completo olvido que hizo desde este instante de todo lo de la tierra para pensar y hablar sólo de Dios, de María Santísima, del glorioso Patriarca San José, y de cosas de la vida eterna; y por último, la entonación robusta y la unción santa con que contestó á las primeras preguntas que le dirigió al administrarle la Unción extrema el Ilmo. Sr. Obispo de Vich que como fidelísimo amigo de nuestro muy amado Pastor había volado al lado suyo, desde que tuvo noticia de la gravedad de su estado, para ofrecerle los cristianos consuelos que sólo inspiran en circunstancias tan extraordinarias el talento, la virtud y una prudencia consumada; todo esto, repetimos, son señales inequívocas de que, cuando tuvimos el inexplicable pesar de perder á nuestro amadísimo Padre, había terminado dichosamente sobre la tierra la misión providencial de un varón insigne, y el alma de un justo acababa de volar al seno adorable de la Majestad infinita.

Por la demasiada extensión de estas líneas no podemos, ni queremos añadir nada á lo dicho. Mas para no inducir á alguno,

con nuestras palabras, á un error dañoso, debemos advertir que, si bien todas las circunstancias de la vida y de la muerte de nuestro inolvidable Prelado nos hacen juzgar piadosamente que ya goza de un descanso dichosísimo, los juicios de Dios no son como los de los hombres, y S. D. M. encuentra sombras, segun la expresion bíblica, en los mismos Ángeles; por lo que no conviene en manera alguna que omitamos el elevar nuestras oraciones por aquella santa alma que en vida tanto nos amó, y que más allá del sepulcro es seguro que intercede fervorosamente por nosotros. Obrando, pues, de esta suerte, que es como nos enseña á conducirnos la Iglesia, nuestra Madre, si aquel espíritu querido se detuvo en las terribles cárceles del Purgatorio, apresuraremos el momento de su feliz y eterna libertad; y si, afortunadamente, segun nosotros creemos, ya goza de esos eternos bienes, nuestras súplicas aumentarán la gloria accidental de que allí disfruta, por ser hijas de los consejos y enseñanzas que nos dió durante su bendita existencia.

¡Haga el Señor y la Virgen santísima que, siguiendo fielmente sus huellas santas, como le rodeamos en vida, tengamos el consuelo de formarle espléndida corona en la eternidad!

Barcelona 15 de abril de 1883.

(Del Boletín Oficial Eclesiástico del Obispado de Barcelona).